





# EN LAS BRAÑAS



José Luis González

# EN LAS BRAÑAS



Primera edición: diciembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis González

ISBN: 979-13-87612-16-0

ISBN digital: 979-13-87612-17-7

Depósito legal: M-26989-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

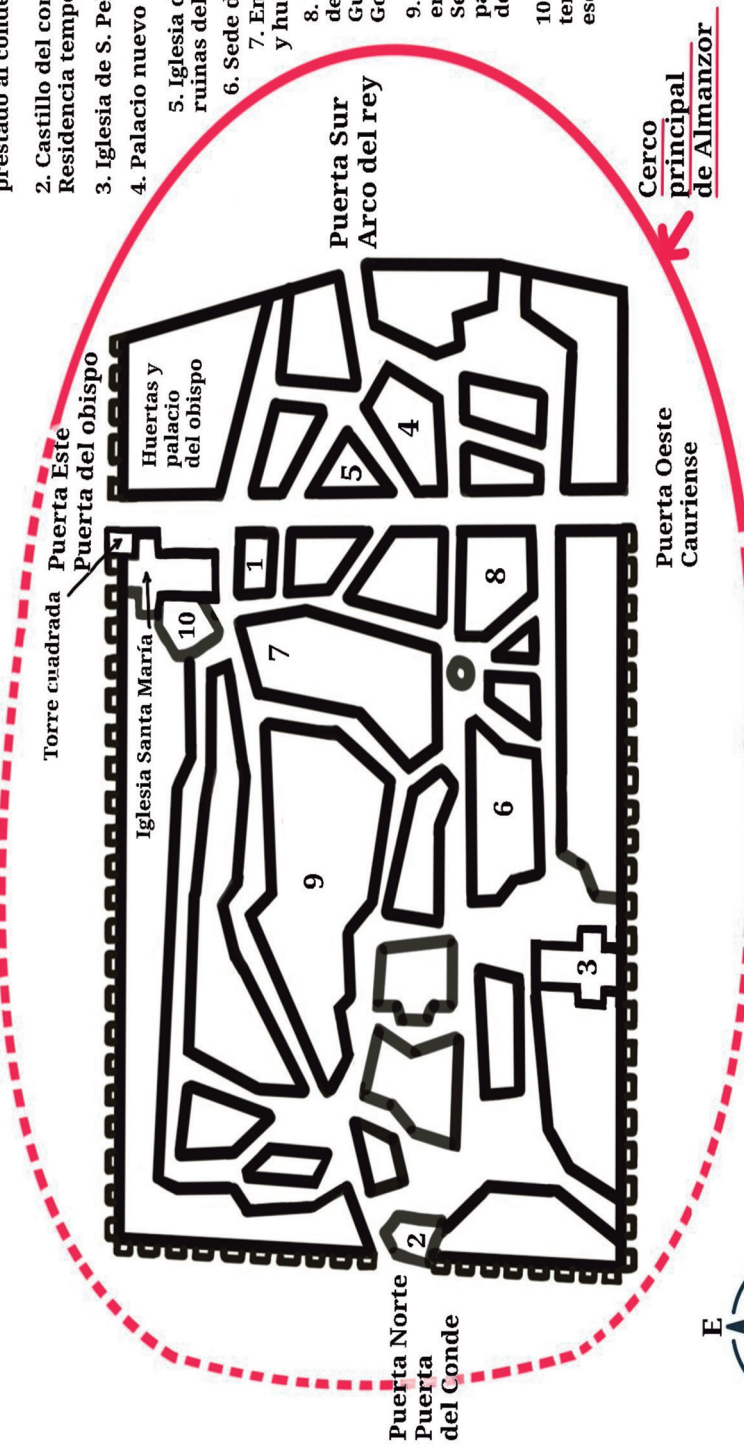
[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



1. Palacio real de madera y adobe, prestado al conde de Guimarães.
2. Castillo del conde Edelvertio. Residencia temporal de los reyes.
3. Iglesia de S. Pelayo
4. Palacio nuevo

5. Iglesia de S. Salvador y ruinas del monasterio.
6. Sede del conde de Burbia
7. Enfermería y huertas
8. Residencia de los hermanos Guillén y Rodrigo González
9. Terrenos en barbecho. Se utilizaron para el reparto de alimentos.
10. Restos de las termas romanas, escombros.



Patrullas y guarniciones



Río Bernesga

# LEÓN, SIGLO X



PRIMERA PARTE:  
LAS BRAÑAS



## I LOBOS

Los lobos bajaban de la montaña y correteaban por el tejado, casi adosado a ella. Hundían sus patas en la nieve que se acumulaba sobre las lajas de pizarra. Así, silenciados, olisqueaban el aire, con esa displicencia de que hacen gala también cuando sufren por el hambre o las heridas.

Los lobos son todos flacos. Parecen tímidos y mendigos. Sin embargo, su presencia acobarda incluso al más valiente si los encuentra en la montaña, cerca del rebaño.

Los pastores al verlos se santiguan y al instante buscan sus perros, con la mirada implorante del que ruega cuando bordea la muerte.

En la casa, la mayor de las dos mujeres encendió un fuego: los últimos troncos. Qué más daba ya, si al día siguiente se irían.

El humo que nacía de la chimenea hacía que los lobos recularan ligeramente, pero no se iban, sino que continuaban sus paseos angustiados por el hambre, sin decidirse a saltar al suelo.

Llevaban la lengua fuera, como perros juguetones que vuelven de un paseo. Sin embargo, el instinto jugaba atemporal en sus mentes cazadoras, escudriñando las posibilidades de lograr una presa esa noche.

Uno de ellos, una loba gris recién parida, fue la primera que saltó. La nieve del suelo la absorbió antes de devolverla, milagrosamente, al cuidado de la noche negra.

Con precaución, se acercó a un ventanuco mínimo. Estaba muy alto para ella, pero le permitía notar el olor a vida, aunque no lograra verla.

La mayor de las mujeres era también consciente de su presencia. Lo había hecho varias veces ya, se aseguró una más de que la puerta estaba bien cerrada. Después, alerta e insomne, revisó el equipaje: dos sacos apenas que mañana llevaría la mula Flaca, que estaba con ellas, dentro.

Flaca era un animal albino, lo que ayudaría mucho en el viaje que iban a emprender entre la nieve. Lo que menos necesitaban era que las encontraran.

La casa estaba en el extremo septentrional del pueblo, algo alejada de las demás. De haber sabido que los lobos bajaban por la noche, hubiera pagado al tabernero por la otra que le ofreció, bastante más cara, en el interior.

Julia dormía pesadamente junto al arroyo que cruzaba por el centro de la vivienda. Había sido un molino. Desde la nueva ley que permitía el uso sólo del oficial, el del señor de la comarca, el molinero no quiso arriesgarse y se trasladó a una casita peor, pero libre de sospecha en el centro del pueblo. Su tejado no era de pizarra, sino de cuermos de centeno. No se quejaba, pues el alguacil de la comarca lo había dejado en paz y el señor se daba por satisfecho con ver a los vecinos del pueblo en el molino de la autoridad.

La loba arañaba la puerta y daba dos pasos atrás, con ese miedo falso tan productivo. La mayor de las mujeres echó una manta sobre la cabeza de Julia, para que el ruido no la despertara. Se giró a la derecha. Oyó su propia respiración. Intentó calmarse.

La nieve removida por los lobos creaba claros en el tejado, comenzaba a oírse un nítido golpeteo. Se imaginaba un círculo de bestias por encima de las pizarras que, en vez de buscar el alimento del ganado, como los ratones, intentaban llegar hasta ellas. No le hubiera importado entregar a Julia, pero no a un puñado de lobos.

Se asomó al ventanuco. El biselado de la piedra lo hacía más ancho por dentro que por fuera, como una arpillera. Claro, ¿qué casa de piedra no tenía esos agujeros para disparar con arco? Podía ver el rabo de la fiera, un trozo de su oreja, ¿es que no se estaría quieta nunca?

Un segundo lobo se lanzó a la calle. Se quedó quieto ante la puerta, como si supiera que aquella era la ruta hacia las presas.

En verdad, no había otro lugar por el que se pudiera llegar a sus carnes. Imaginó al animal relamiéndose entre colores rojos y gotas que resbalaban hacia la nieve.

Julia seguía dormida. Ella nada sabía de Almanzor, el hombre terrible, salvo que sus ejércitos aparecían como la aurora, rosados en sus túnicas y brillantes a continuación: el sol en los escudos. Y que por su culpa viajaban. Por su culpa y la del rey.

Resopló: se echó por encima de la cabeza otra vez la manta de lana.

La mayor de las mujeres arrojó con intención por el ventanuco los restos de la cena.

Cerca de veinte lobos se pelearon. Al final, tuvieron un mero rescoldo de lo que esperaban, pero en lugar de serenarse, parecieron excitarse más.

Pateaban el suelo blanco, se movían nerviosos en círculos y miraban con desinterés aparente el ventanuco. Poco a poco fue bajando el volumen de su respiración, después su número, hasta que desaparecieron y la nieve fue soberana.

Cerró los ojos por fin, exhausta y aliviada. Entre las pestañas se colaron pequeños trozos de amanecer.



## II UNA DESPEDIDA

La mula era una de sus exiguas pertenencias. La cargaron aún dentro de la casa. Toda echó un vistazo para comprobar que no se dejaban nada. Satisfecha, indicó a Julia que debían irse ya.

Junto a la puerta se veía la nieve pisada. Buscó por curiosidad algún resto de la comida que arrojó por la noche. En vano.

No había sol, solo una sustancia lechosa flotando en el aire. Julia movió los brazos a través de ella: no la alteraba, seguía invasiva en todo lugar. Incluso se colaba en la casa como un curioso y hurraño avaro que vigilara que no le robaran lo que era suyo.

Toda hizo subir a la joven en la mula, junto con los fardos. No parecía que a Flaca le costara llevarlo todo. Se fueron. El pueblo se hizo lejano en tan solo un rosario.

—¿Cuándo llegaremos, aya?

—Ya te lo dijo tu padre: viajamos, nada más. Mientras no estés bien lejos de León, solo deberás preocuparte de los lobos o los ladrones, pero a éstos los estamos esquivando bastante bien. ¡Hace tanto frío que ni salen!

—¿No vamos a Asturias?

—Ya veremos.

Su sonrisa triste y protectora venía a calentar la congoja inconsciente de Julia.

El paso del tiempo la adormecía. Hacían camino lentamente. Comían sin hablar. Cabalgaban por turno. Las horas pesaban en sus pies helados.

—¿Vamos a Asturias? —insistió.

Había obtenido la respuesta que no aportaba nada hacía mucho rato.

Ahora la mujer mayor caminaba y la bastarda iba a lomos de la mula Flaca.

La luz comenzaba a flojear.

Sólo había visto una vez a su padre, y había sido para despedirse de él. No obstante, lo adoraba desde lejos. Era hija natural. El conde Gonzalo Sánchez era un héroe que eligió como rey al que por derecho llevaba la corona ¡Qué se le iba a hacer! Ahora su familia, incluso la bastarda, se desmigajaba como un pan recién hecho. Iban cayendo todos: su esposa la primera, los hijos legítimos, sus primos. Eso ocurría con los condes que apoyaron al rey Ramiro frente a Bermudo II: no era personal. Unos morían, otros escapaban, los menos juraban medrosas lealtades al nuevo rey.

—Aya, ¿cuándo llegaremos?

Toda sabía que la muchacha no sabía siquiera a dónde se dirigían, y en la pregunta mostraba su natural inquietud. Obedecía. Había sido un detalle de su padre haberla llamado. Llevaba quince años ocupándose de que no le faltara alimento, ropa, incluso alguien que la abrazara tras la prematura muerte de su madre. En pocas ocasiones la convocaba a su casa, aunque se alegraba si llegaba por sorpresa.

—No te pareces a tu madre —le repetía—. Ella tenía el cabello liso y tú ondulado, su rostro era moreno y tú eres clara.

No es que la desaprobaba, pero esperaba volver a ver a aquella mujer con la que había compartido algo más que un pajar.

—Lo siento —era siempre la respuesta de Julia, que entendía en las palabras de su padre censura o decepción.

El conde Gonzalo Sánchez se relajó: no quería asustar a aquella muchacha en la que reconocía de mala gana sus propios rasgos. Durante los últimos días, estaba reuniendo a su familia para aconsejarles la mejor manera de sobrevivir. Muchos nobles, partidarios del rey Ramiro, se habían opuesto abiertamente al rey vigente. Incluso se habían enfrentado a él en la batalla de Rueda.



Ramiro había muerto y ahora se encontraban en el tiempo de las consolaciones y las venganzas, sobre todo teniendo en cuenta que muchos de sus partidarios se habían aliado con el moro Almanzor para quitar a Bermudo de su sitial.

No era su caso, pero se sabía también en la lista los expurgados, los que no eran de fiar.

—Tienes que ir a Asturias, a la ciudad de Oviedo. Allí tengo un primo, el barón Justino, que te ayudará.

Se quedó mirándola: era una muchacha muy bonita. Había mejorado la fisonomía del conde y heredado las maneras de su madre. No quería enternecerse, pues debía recibir aún a varios familiares, algunos de más empaque que ese parto de poca importancia.

—Gracias —acertó a decir Julia, que se sentía emocionada por ver a su padre dirigiéndose a ella con seriedad.

El conde no estaba seguro, pero dictaminó:

—Toda es la mujer que te ha criado, y dictamino que ella debe también seguir guardando tu vida y llevarte a Oviedo.

Durante casi un minuto estuvo en silencio, sin dar licencia a la joven para retirarse:

—No puedo darte dinero, pues dispongo del justo para los menesteres domésticos de mi familia legal. Sin embargo, además de a Toda, te puedes llevar una mula que nadie reclamará y un arco viejo que, sin ser valioso, es algo personal de tu padre, pues con él me enfrenté a las hordas de vikingos que llegaron por la ría de Arosa, hace mucho ya.

La muchacha se le quedó mirando a la cara, pasmada.

—¿No lo sabías? —sonrió. ¿De veras podía contar a alguien aquella aventura, que no la conociera?—. ¡Vencimos!

El buen humor al recordar aquellos acontecimientos lo llevó a ofrecer a su hija una bolsa repleta de monedas que reservaba para un primo sobre el que albergaba dudas. Recordaba y contó el momento en que logró abatir a aquel Gundaredo, el vikingo absurdo que levantaba el hacha, sin peto ni cota de malla, ante él. Disparó una flecha, luego otra, luego otra... Gundaredo caminaba siempre

en línea recta, parecía que nada le hacía efecto. Llegó sangrante hasta donde se encontraba Gonzalo Sánchez. Sus ojos se encontraron. Le pareció al conde una bajeza terminar la escaramuza con un arma de lejanía y desenvainó su espada. El vikingo estaba inmóvil, como una estatua que espera un elogio o un martillo. El hierro del conde atravesó indeciso el cuerpo de aquel hombre, de aquella bestia que había tenido tiempo para vaciar los ojos de los aldeanos de la ría y violar a sus hijas.

Con el recuerdo de las niñas, dejó que Julia se acercara y depositó la bolsa de dinero en sus manos.

Esta, viéndose valorada, se atrevió a preguntar:

—¿Soy ya condesa?, ¿padre?

La carcajada se oyó desde muy lejos:

—¡Lo merecerías, muchacha, pero no!

Ahí terminó la audiencia. El conde preguntó a su ayudante el nombre de aquella chica.

Luego llegó la nieve.

### III LA MULA FLACA

Era una suerte que nevara. Eso quería decir que Almanzor aún no vendría. El general moro acudía en los veranos, robaba la cosecha, secuestraba mano de obra y regresaba a Córdoba. Sus aceifas, campañas fugaces, eran ya tantas que los reyes cristianos las esperaban con temor, pero sin sorpresa.

Eran muchos, además, los condes cristianos que le habían ofrecido amistad, traición por tanto hacia el rey Bermudo. Eso lo sabía Toda, el aya, pues la joven Julia apenas conocía lo que era un noble. Ignoraba que, juntos, eran más que un rey. El portugués Gonzalo Menéndez había logrado, con su apoyo a Bermudo, que se impusiera por las armas a su primo, el rey legítimo, Ramiro. Pero eso a ella, que había logrado una audiencia a solas con su padre, ¿qué más le daba?

Ahora lo importante era alejarse. Las conspiraciones y las venganzas eran la política cortesana habitual. De permanecer en León, sin duda moriría, le decía Toda. Era una niña, pero ¿eso iba a ayudar? Al parecer, no.

Le pidió que bajara de la mula. Incluso ella necesitaba descanso. Juntas recogieron algunas urces y escobas para que el animal comiera. No era el plato que hubiera escogido, pero le valió. Las humanas tenían una bolsa con carne de burro acecinada. Tampoco era lo más delicioso del mundo, pero era comida.

No podían hacer noche ahí, a la intemperie. Toda insistió en buscar algún aprisco o refugio de pastores, pues recordaba la noche de lobos y no deseaba repetirla.

Veía puntos negros a lo lejos.

Valoró sus posibilidades de defensa: dos mujeres y una mula con un arco sin flechas. Eso era todo. Tal vez deberían al menos cortar ramitas afiladas para ver si lograban dispararlas con su arma vieja. ¿Cómo se hace una flecha? Al conde no se le ocurrió regalar algunas a su hija.

Vio el primer hocico.

Un segundo después se mostró la manada entera. Estaban lejos, venían del valle, pero no tardarían mucho en llegar al lugar en que ellas estaban, en la cresta de la nieve, donde se divide el mundo luminoso y el oscuro. Los lobos son silenciosos, pero rápidos.

Tomó el aya a la mula con firmeza, pues el animal empezaba a mostrarse nervioso. Tuvo que agarrar con fuerza las riendas: el instinto la conminaba a escapar de allí sin esperar por nadie. Corcoveaba e intentaba desasirse. Intentó tranquilizarla, no transmitirle sus propios nervios, pero no pudo evitar que emprendiera aquella carrera, alocada, suicida. Sabía que si tropezaba moriría. Si aminoraba la marcha moriría. Si no tenía suerte moriría.

Y ¿qué es la suerte?

Toda agarraba con la fuerza de la desesperación a su pupila, las manos en su estómago. Apretaba. Llevaban ya unos días en los caminos. No podían terminar así. Miraban con consternación como su animal se alejaba, separando de ellas, sin querer, el peligro.

Los lobos abrieron el campo. Tenían estrategia. Podían ver la última a la loba gris recién parida, esperanzada por llevar comida a sus cachorros esa noche. Junto a ella un macho enorme, que parecía dirigir el ataque. Desplegaba a los suyos abriendo la línea de caza como un paréntesis, obligando a la mula a seguir por un terreno concreto. Flaca galopó como no lo había hecho jamás, olvidando su carga y con la cabeza tiesa, sin atreverse a volverla por miedo al miedo. Los sonidos, pese a la nieve, eran perceptibles para ella. No pensaba en que sería devorada, ni siquiera en que iba a morir. Su instinto la guiaba, aguzando el sentimiento de terror y la imperiosa necesidad de exigir a sus pulmones y a sus patas ese

poco extraordinario que logra salvar a uno o perderlo. Sabía de la cercanía de los depredadores. Comenzó a notar el cansancio, y con él la desesperación de que caería. No imaginaba lo que ocurriría después, solo que se derrumbaría en la nieve. Rompería su monótona lisura. Después, no sabía, pero no sería bueno, eso seguro. ¡Un esfuerzo más!

Desesperada, corría con la determinación que da identificar los últimos momentos. Algo se acababa, aunque no sabía muy bien qué. El miedo se introdujo entonces en sus ojos, que se dislocaron y comenzaron a sangrar. Abrió la boca y dilató los ollares pidiendo más aire del que podía respirar para aumentar su velocidad, para no caer rendida.

No lo logró.

Fue una voltereta vertiginosa, un escorzo prodigioso. La valerosa mula, caída, vencida, respiraba con angustia mientras sus pulmones agotados vertían sangre por las narices.

Entregaba vapor al mundo como último recuerdo de su vida.

Julia y Toda se alejaron como pudieron. El borde bajo de sus vestidos tomaba peso por el agua de la nieve que se les adhería. Corrían sin más equipaje que su propio instinto de vivir.

Las mandíbulas del primer lobo se engancharon al cuello de la mula Flaca.

Abrió los ojos sin límite la víctima. No se rendía. Logró que una de sus patas traseras, de manera rocambolesca, acertara en la cabeza de la bestia. Cayó ésta al suelo con el cráneo partido.

Enseguida se acercaron otras dos. Tras ellos, despacio, la hembra gris. No había en ella visos de satisfacción por el éxito de la caza, solo paciencia. Esperaba su momento. Algo entonces la distrajo, alzó el hocico, husmeó el aire gélido y, más allá de la última batalla de la mula, adivinó la presencia de las mujeres.

La cabeza de Julia miraba atrás, como un Orfeo que no supiera si renunciar o insistir. Le había cogido cariño al animal. Sus ojos se encontraron con los de la loba y no pudo parpadear hasta que una voz la estremeció:

—¡Corre! —oyó.

Era la realidad. Había que luchar con la misma desesperación que la mula. Hoy tal vez no terminara con la puesta del sol.

Corrió sin dejar de mirar atrás. Toda la tomó de la mano y, con su ímpetu, casi la hizo caer.

Los lobos habían tardado, pero tenían por fin lo que buscaban desde el día anterior.

Julia miraba embobada cómo las fieras hundían sus hocicos en la presa. El aya sintió verdadera pena por la pobre mula. Sus patas se volvían hacia el cielo, como una protesta por tan injusto final.

Los lobos matan al rebaño antes de devorar una presa. Había que seguir corriendo y rezar.

Si había suerte, no las molestarían. No eran como las tontas ovejas, que se quedan en el redil sin pensar en que tal vez hay una escapatoria.

La loba gris tenía el morro ensangrentado. Por fin sus cachorros, si los demás dejaban algo, comerían.

## IV EL ASEDIO

Las aceifas sobre el reino de León eran casi cotidianas. Al general moro le gustaba hacer vistosas sus campañas.

Varias veces había saqueado las cosechas veraniegas de León, Astorga y otras localidades bien pobladas y alimentadas. Algunos condes, infames o sensatos, se unían a él. El dinero y las prebendas circulaban entre lealtades y traiciones.

Almanzor, en aquel verano del año del Señor del 994, arrojó todo lo que tenía contra la ciudad de León. No era una simple campaña de rapiña. Estaba acostumbrado a que los reyes huyeran ante él. Ya lo había hecho el difunto Bermudo. En aquella ocasión, había obtenido una de sus más resonantes victorias, pues había logrado arrebatarse las campanas de Santiago de Compostela. Sus mulas las llevaron hasta Córdoba, donde fueron convenientemente agasajadas y premiadas con raciones amplias de avena y un cepillado profundo que hizo sus delicias.

La llegada del calor traía a los jefes cristianos un estado de ansiedad prolongado, pues la inseguridad de si vendría el moro, la velocidad con que aparecía y la efectividad de sus ataques eran preocupaciones con las que había que malvivir, que es, al fin y al cabo, un modo de vivir.

La riqueza de Almanzor le permitió contratar tropas mercenarias que exigían lo suyo. De ahí que, verano tras verano, buscara las cosechas de trigo, avena, centeno, e incluso hombres, esclavos que vender, cosa que el islamismo permitía como un subterfugio y no prohibía abiertamente. ¿Acaso no trabajan los hombres las tierras sea cual sea su religión o su señor?

Eso justificaba la vinculación de las personas a los surcos. Tampoco hacía diferentes a los cristianos de los demás, que solían aceptar de buen grado la paga como mercenarios a las órdenes de Almanzor.

El antiguo cadí, jurisprudente entendido de la ley, era ahora, en la práctica, un sultán, un líder militar que ansiaba asfixiar a los reinos cristianos. Eran raras las ocasiones en que ocupaba militarmente las localidades: prefería saquear e imposibilitar la creación de acuerdos de prosperidad futura para las urbes, que veían que nada era duradero ante sus expediciones contundentes.

Las máquinas de torsión se situaron ante León. Esta vez el ejército no se contentaría con un saqueo: tenía órdenes de destruir.

Las armas de asedio se repartieron a lo largo de la antigua muralla romana. El general disponía de herramientas poderosas, fabricadas con los árboles de Camposagrado, llamado así porque allí obtuvo el rey Alfonso una sonora victoria en nombre de la cristiandad. Hacer rapiña con su madera era una buena manera de mostrar la superioridad de los moros.

Tenían catapultas y otras máquinas de menor potencia que un culto leonés, llamado Martín de la Folgosa, había diseñado según las explicaciones de los antiguos sicilianos y romanos, de los que era devoto.

Nunca Almanzor había sitiado una ciudad de aquella manera. Los regimientos árabes provenientes de Córdoba y los soldados beréberes tenían León completamente a su merced. Tal vez la muralla resistiera, pero no era probable: aquellas gentes no eran los peligrosos romanos de los que hablaban las leyendas, sino sólo hombres acobardados o envalentonados de manera caprichosa, no amantes de una gloria y un destino común,

La piedra de las catapultas comenzó a herir las murallas. El humo de polvo que salía del choque entre ellas indicó el comienzo de la batalla. Almanzor solía ser rápido e implacable, pero no impaciente. En esa ocasión había planeado el sitio de León para asustar a Zamora y Astorga. La imposición de nuevos tributos sería una señal de sumisión. Para ello no bastaba la rapiña: era indispensable el miedo, la destrucción de la ciudad que tenía ante sí.



## V ZABULÓN

Se llamaba Zabulón, como el hijo de Jacob. La ofrenda de la lana ante el señor Andrés Ansúrez, conde de Burbia, quedó aplazada por la urgencia de contener a las tropas de Almanzor.

Ése año, incomprensiblemente, las tropas árabes no habían llegado en el verano, sino en el inicio de la primavera. Eso solo podía significar que no buscaban cosechas, esta vez querían algo diferente.

El conde Ansúrez dejó su casona, castillo no tenía, para acudir a León con la mayor presteza, como se le había pedido.

Yago, hijo de Zabulón, era uno de los hombres armados del conde. Pastor en origen, su juventud y destreza habían llamado la atención del señor del río Burbia.

Lo conoció en las brañas de los montes del oeste, donde Zabulón llevaba sus ovejas a finales del verano, pues los prados en altura aún mantenían el frescor de la hierba no agostada.

Zabulón tenía a su cuidado algo más de veinte ovejas, dos cabras y un caballo asturcón: ese era propio, de la familia.

Se disponía a almorzar cuando oyó los gruñidos de un oso joven. Había algunos frutales silvestres y las bayas estaban en su apogeo, lo mismo moras que frambuesas. Eso atraía a los golosos osos pardos. El gruñido era, sin embargo, no el placentero ronroneo que oía a veces cuando se atracaban de fruta, sino más bien un quejido de impaciencia, una molestia.

No se acercaba nunca a los osos, igual que ellos no se le aproximaban, pues son más bien esquivos y tímidos con los humanos.

Sin embargo, esa vez la curiosidad pudo más que la prudencia. Se aseguró de que los animales estaban tranquilos con su hijo. Los osos no molestan a las ovejas, y Yago no se despistaba, aunque tuviera la cabeza en las nubes.

Se encaminó hacia el lugar del que provenían los gruñidos. Comenzaron a aparecer castaños entre la hierba y se oía el rumor del agua de un arroyo. Pocos metros más allá, una cría de oso intentaba liberarse de una raíz en que había introducido la pata. La forma de la madera era enredosa, y no lograba sacarla de ella.

Zabulón inspeccionó la zona. Si la madre estaba cerca, no pensaba ni intentar ayudar a la cría. Examinó con detenimiento los alrededores. No había heces ni restos que indicaran la presencia de más osos que el que tenía a la vista: un cachorro de casi un año, corpulento, ingenuo y sin terminar de formar, pero ya feroz y peligroso.

Escuchaba sus gruñidos de molestia. Se fijó en la pata: estaba rota. Se iba a morir, Ahora sólo notaba el dolor y la frustración por la inmovilidad. Un día más tarde ya lucharía contra los pacientes buitres. Otro más y podría el pastor contemplar sus restos.

La vida era así en las brañas: los últimos reductos de alimento para los herbívoros cuando el calor agosta la hierba en todas partes.

Se acercó con prudencia. El animal ya era, pese a cría, lo suficientemente grande para ponerlo en serio peligro.

—Quieto, amigo.

El oso bramó, incómodo por la pata y la presencia del hombre.

Zabulón vio un cuervo posarse en el suelo, la mirada fija como un inspector en el peso de la lana.

Días después, su hijo encontró los restos de la osa y los otros dos cachorros en el lecho del río. ¡Habían sido demasiado atrevidos! Posiblemente un resbalón fatal de la madre, tal vez la pérdida del suelo arcilloso bajo las pezuñas había arrastrado a sus hijos al mismo destino. Al final del sendero que habían seguido, se encontraba un ciruelo silvestre lleno de fruta casi pasada, dulce hasta ser azúcar. Una tentación para la familia de animales.

Ahora iba a intentar liberar al oseño de su prisión.

Habló con palabras romas, suaves sin sentido, como aires que van y vienen, naturaleza sin peligro, pues no deseaba excitar a la fiera. A la vez, se acercaba paso a paso al cachorro. Al enorme cachorro. Cuando estaba a unos dos metros, el oso bramó con amenaza.

Nadie lo obligaba a continuar. Los dientes, sus garras, que con tanto deleite toman de sus ramas las ciruelas maduras, podían acabar con su vida en unos segundos. No obstante, se animó a introducir el bastón que usaba como amigo en las soledades de las brañas, para abrir los nudos de las raíces. Hacía falta mucha sangre fría para no amilanarse ante las roncadas amenazas del animal atrapado.

Zabulón pensó que estaba haciendo el tonto. La carne de oso es deliciosa y pocas veces se puede disfrutar. Pero, desde que su esposa lo dejó en esta vida a cargo del pequeño Yago para siempre, no podía matar un cordero, ni ver sufrir a un cachorro.

Así que la entraña se le revolvía de ver a aquel hijo de alguien con su pata rota, luchando por sobrevivir.

El conde Ansúrez llegaba en ese momento con cuatro soldados. Regresaba de visitar los pueblos de su entorno para valorar la cantidad de lana que se le debía entregar, así como otros diezmos, al rey Bermudo.

Desde lejos supo valorar la escena y ordenó a sus hombres acercarse sólo lo justo para ver mejor en qué terminaba aquella escaramuza. Les prohibió intervenir salvo peligro de muerte.

El pastor caminaba muy despacio en torno al oso, buscando un ángulo en que no corriera peligro. El cachorro se entornaba torpemente: la pata rota limitaba la posibilidad de un giro completo. Se movía como podía, no obstante, con desconfianza por la presencia humana.

Zabulón había identificado las raíces que lo tenían aprisionado. Eran dos orejas de madera que se cruzaban sobre la tierra, cuando deberían estar bajo ella. El oso había tenido mala suerte al pisar justo donde dejaban un orificio diminuto, como un huevo de codorniz. La pata había entrado, pero no podía salir.

El bastón del pastor tentó los alrededores del orificio. La carne del animal lo llenaba. ¿Cómo introducirlo para intentar separar las raíces?

Sacó del cinturón el cuchillo y se movió despacio hacia la pazuña. La pata mostraba una forma extraña, como la mueca de un hueso. La fractura era grande. Tal vez el oso moriría, pese a todo.

El conde entendió que el riesgo era excesivo. Dio una orden a sus hombres. Pusieron estos los caballos al galope. Al verlos, desde lejos, Yago montó el asturcón y se acercó lo más rápido que pudo. No parecían moros, pero eran peligrosos, eso seguro. Reconoció al poco las armas cristianas, pero no por eso dejó de dar acicate a su cabalgadura.

El oso se puso nervioso. El primero de los soldados arrojó una lanza hacia su lomo, que falló por poco su objetivo.

Los otros venían detrás muy próximos. El conde había ordenado acabar con la fiera porque estimaba que el riesgo que corría el pastor era demasiado injustificado ya.

El peligro inminente excitó, no obstante, al oso, que se movió de manera impredecible. Zabolón oyó un crujido impensable. Los huesos de la pata se quebraban del todo, las orejas redondas se giraban y un momento después, el claro hocico del cachorro estaba empapado de rojo.

Las zarpas llevaban trozos de piel. En la boca reconoció, entre la carne colgante, parte de su barba mal afeitada, semiblanca. Comenzó a notar el sueño.

El oso recibió el impacto de tres lanzas. Un caballo negro, bajito, de raza asturcona, se acercaba, montado por un grito.

Eso y el derribo del animal fue lo último que percibió. Se desvaneció.

## VI LA INSPECCIÓN DE LAS MURALLAS

La nieve tardía otorgaba a aquella primavera la promesa de un verano con los cauces llenos. Para Almanzor, la llegada inesperada de la nieve era un inconveniente con el que no contaba. Tuvo que abrigar a sus hombres, encontrarles calzado.

Sus campañas veraniegas no bastaban para contener a los cristianos, eso había decidido. Sus reinos prosperaban poco a poco. Era necesario dejar claro quién era el interlocutor de las paces posibles: Almanzor, el Victorioso.

Había escogido con cuidado la ciudad de León. Estaba más al norte de la que más se le oponía, Zamora. También le atraía el frondoso valle del río Burbia, donde esperaba algún día construirse una villa de recreo. Allí el verdor era perpetuo y el tiempo más agradable que en el resto del norte peninsular.

Se había encontrado con una nieve imprevista, pero no importaba. Jamás se había detenido por los inconvenientes.

Pidió un caballo. Exigió que el suyo descansase: no deseaba fatigarlo entre la nieve. Que le trajeran uno comunal.

Era de noche. No el mejor momento para inspeccionar las defensas de la ciudad, pero sí el más seguro. Se hizo acompañar de un soldado sin cargo. Si quería pasar desapercibido, era mejor así.

Bajo el turbante llevaba una tira de cuero con su nombre: una costumbre de su tribu cuando entraban en guerra:

—Ziri. Está bien. A tu familia le haces un honor al acompañarme esta noche.

—Gracias, noble señor.

En su nombre aparecía la mención de la luna. Cabalgaron. El soldado se veía extremadamente prudente, aunque no asustado. El general, en cambio, estaba abstraído en sus sensaciones y observaba con detenimiento las defensas de la ciudad. Los leoneses estaban tan seguros de ellas que no tenían más que unas mínimas guardias nocturnas.

Las murallas eran sólidas, pese a no haber sido cuidadas en siglos. Cabalgaron en torno a ellas sin que nadie los molestara. En una ocasión, una flecha se clavó a más de diez metros de ellos. ¡Qué torpes, los guardias!

El acompañante se rio:

—Los leoneses son todos labradores o pastores.

No dijo nada el general, que estaba concentrado en aquellos cubos romanos y las piedras tan bien ensambladas en algunas zonas de la muralla.

El momento no era de arengar, sino de apreciar la fuerza del enemigo.

Había robado sus cosechas, secuestrado a sus labriegos: tomar la ciudad era otra cosa. No estaba satisfecho, salvo porque los leoneses eran tan orgullosos que dejaban las almenas escasas de gente. Ese sentimiento de fuerza vacía no les permitiría triunfar jamás: era un orgullo sin trasfondo.

Entonces se dio cuenta de que tomaría la ciudad.